

URGE UNA CAMPAÑA URBANISTICA

COMENTARIO A UNA SESION DE CRITICA DE ARQUITECTURA

Hace días ha tenido lugar en Madrid una de esas sesiones de crítica de Arquitectura que movilizan una y otra vez un público que va del profesional de la arquitectura al crítico de Arte y al filósofo. En ellas suelen tratarse en coloquial atmósfera las cuestiones más incitantes que tiene hoy día planteadas la Arquitectura en nuestro país. Esta ventana abierta a la crítica sana y constructiva muestra una eficacia que no necesita ser ponderada en un momento en que la complejidad de los saberes desborda la capacidad de las mentes mejor dotadas. La apertura, el coloquio, la consulta humilde y sin reservas son en la actualidad exigencias ineludibles de la marcha de la cultura. Cerrarse al diálogo es interponerse en el curso normal del progreso científico y técnico.

En esta última sesión el escritor y académico Camilo José Cela se sumó con su característica voz recia y lenta al coro de los delatores de las sinrazones del urbanismo actual. A lo largo de casi una hora hemos seguido complacidos el curso florido de sus bien rimadas y troqueladas frases, de las cuales se desprendió como preciado fruto que la clase social de los arquitectos tiene a su cargo una parte no menguada de la responsabilidad de cuanto para mal de todos está sucediendo en el proceso de evolución y desarrollo de las grandes urbes.

Es ésta una idea no por sabida menos actual y menesterosa, por tanto, de honda y reiterada atención. El hombre es un ser que olvida con tanta mayor rapidez cuanto menos interés tiene en recordar, y esta condición convierte en auténtica virtud social la sana e infatigable insistencia en los mismos grandes temas.

Lo antedicho revela al lector inequívocamente que considero muy positivo el saldo de la última sesión de Arquitectura. Pero, una vez esto en claro, debo añadir que no puedo menos de pensar que algo hay que se quedó en ella excesivamente corto. Trataré de explicarme.

En esta sesión se expuso un grave problema y una grave responsabilidad. El público era, por su parte, extraordinariamente selecto, calificado y capaz, por consiguiente, de tomar serias iniciativas. Ello no obstante, el coloquio que siguió a la conferencia se movió en un nivel de mera exposición y explicación del problema a resolver. A mi juicio convendría recordar aquí la famosa frase de uno de los hombres más eficaces—sea cual fuere el signo de esta eficacia—de los tiempos modernos, Carlos Marx: "Lo que importa no es entender el mundo, sino cambiarlo." Lo decisivo, indudablemente, no es cantar elegías al Madrid que pudo haber sido y no es por un cúmulo de desaciertos y desafueros urbanísticos, sino evitar que no llegue a serlo jamás por la incuria de las generaciones presentes. (Esta misma actitud de inactiva expectación dolorida ante el fallido éxito de un sistema estructurador está produciendo asimismo, dicho sea de paso, en la esfera de la docencia universitaria efectos paralizantes que no pueden abocar sino

a crisis de una agudeza difícil de calcular, porque las generaciones jóvenes no parecen dispuestas a sacrificar su inquietud en aras del respeto a órdenes establecidos por sus mayores.)

Pienso con toda firmeza que este importante tema merece e incluso exige un amplio comentario, del cual las notas que siguen quisieran ser un modesto esquema.

IMPORTANCIA DEL TRABAJO EN EQUIPO

En todo momento, pero de modo singular en situaciones cruciales como la presente, nada hay más efectivo que la obra conjunta de grupos selectos. Las condiciones actuales de la vida y la cultura hacen imposible el tipo de hombre enciclopédico en el saber, universal y titánicamente decisivo y potente en la acción. Los más altos genios deben acoplar su extraordinaria energía al engranaje de un conjunto con voluntad de integración. Ante la presencia azorante de graves problemas lo que procede es aunar fuerzas y hacer frente en bloque a las energías disolventes que liberan inexorablemente gran parte de los procesos culturales y vitales. Los problemas del urbanismo son neto ejemplo de la incapacidad en que se encuentra el hombre de evitar que procesos culturales de signo positivo—como el industrial—den lugar a fenómenos sociales antropológicamente negativos.

En principio, lo decisivo es la voluntad de intervención activa frente a todo empeño inhibicionista más o menos disfrazado de imparcial serenidad intelectual. Cuando acucia la solución de un problema inaplazable, una mínima dosis de honradez intelectual fuerza a todo el que tenga capacidad para colaborar a comprometerse en la acción, a "mancharse las manos"—como solía decir Mounier—, y comprometer la propia reputación en el torbellino de fuerzas encontradas. No es lícito dejar al esfuerzo de otros lo que a uno mismo incumbe realizar, pues con frecuencia sucede que esta actitud de mutuo peloteo degenera en total absentismo.

Ante situaciones de una problematidad compleja lo que urge poner en marcha son bloques de energías capaces de complementarse. Lo que en Europa se llama un "movimiento" (*Bewegung*, *mouvement*) es un haz de fuerzas en tensión dinámica. Este dinamismo les confiere una forma de unidad eminente que es garantía de robustez y plasticidad a la par.

Nadie puede en principio calcular qué lejanas metas y altas cotas puede alcanzar un movimiento que arranca de comienzos humildes. Una simple conversación, una conferencia, un encuentro en apariencia intrascendente dan lugar, en casos, a procesos que desencadenan—en plazo no largo—verdaderas conmociones históricas. Siempre las ideas fueron semilla de grandes acontecimientos. Pero en épocas como la actual, en que los pensamientos del hombre—merced a los prodigios de la propaganda—tienen posibilidades inmediatas de aplicación a las grandes masas, un movimiento de ideas—sea cual fuere—es siempre un fenómeno digno de la mayor atención. Nunca como hoy han provocado las ideas en el hombre consciente una dosis tan alta de sobrecogi-

miento, pues a menudo se convierte en bola de nieve que provoca aludes sociales y culturales, arrastrando a los mismos que la hicieron posible.

Los medios modernos de propaganda contribuyeron a realizar algunas de las más espectaculares torsiones mentales que registra la Historia contemporánea. Esos mismos medios deben movilizar hoy con toda decisión las clases dirigentes para hacer posible ese colosal cambio de giro que necesita llevar a cabo la exuberante cultura de nuestros días si quiere bordear la cima de barbarie que la acecha.

POSIBILIDADES CONCRETAS DE ACCION

Si los hombres que suelen asistir a las sesiones de crítica de Arquitectura se hiciesen una idea cabal de las fuerzas que pueden poner en marcha actuando conjuntamente, una reunión de este género podría convertirse en un hecho histórico, pues la Historia comienza donde se engendra la vida, donde se trazan coordenadas a la acción del hombre.

Dado que mucho antes de oír la voz—y la tos—de Camilo José Cela estábamos todos de común acuerdo en que urge tratar a fondo el problema del urbanismo que preocupa hoy a toda la Humanidad civilizada, pienso que esta sesión debiera haber ido de frente al nudo de la cuestión con vistas a organizar una acción coordinada sacando el máximo rendimiento a las posibilidades de quienes estén prestos a la acción. No es fácil predecir la influencia de un grupo de personas calificadas que se deciden a estudiar un problema común de cara al público, en la ventana abierta de la televisión, radio y prensa, en la cátedra recoleta pero tremendamente influyente de la lección universitaria, del artículo especializado, de la conferencia minoritaria. Esta actividad conjunta formaría en breve tiempo una conciencia, un estado de opinión que ejercería sin duda un influjo decisivo en el ánimo y en la mente de quienes tienen poder para decidir la marcha de las cosas. En una conversación reciente me decía Xavier Zubiri que le causa profunda emoción advertir el eco que acaban de obtener en el último Concilio algunas ideas que se habían expuesto en un ambiente recogido, casi esotérico, treinta o más años antes. El influjo de las ideas bien pensadas y sopesadas, cuando tienen el refrendo y apoyo de personas influyentes, es hoy más que nunca incalculable.

Descendiendo al terreno de lo concreto, pienso que lo más eficaz sería dividir este complejo tema del urbanismo en diversos apartados conforme a un criterio orgánico y encomendar su estudio a cada uno de los colaboradores, reservando a estos mismos o a otros la labor de difusión de las conclusiones de dichos estudios.

Sin mayor compromiso y por vía de ejemplo, cabe señalar aquí los temas parciales siguientes:

1. "Aspecto humanístico".—Sentido y valores de la convivencia humana. Posibilidades y riesgos. Exigencias y condiciones óptimas de realización.

2. "Aspecto técnico".—Teorías, proyectos, estudios ya realizados acerca de la ciudad del pasado, del presente y del futuro.

3. "Aspecto económico".—A qué causas se debe la estructura actual de los núcleos urbanos. Posibilidades económicas de reforma de las actuales estructuras y de la implantación de otras nuevas más adecuadas a los fines humanísticos de la convivencia humana.

Una vez iniciados los diversos colaboradores en su tema correspondiente de estudio, lo decisivo sería "insistir", que es la única forma humana posible de ahondar en las cuestiones que hurtan el cuerpo a una mirada superficial. Los textos importantes acerca de este problema deberían ser dados a conocer imprimiéndolos reiteradamente de modo destacado, en recuadros, en forma de "slogans", etc. Las conclusiones teóricas y prácticas de los diversos estudios serían propuestas aisladamente y en conjunto a la consideración del público en general a través de los diversos medios de difusión, y sobre todo al análisis de los responsables.

Para conseguir que una idea se convierta en criterio de acción debe hacerse carne y sangre de aquellos que han de encarnarla en su vida y conducta. Y esto exige una larga y paciente infiltración por vía de ósmosis que sólo una propaganda eficaz e insistente consigue provocar. Es sorprendente, por ejemplo, el influjo que ha ejercido y sigue ejerciendo sobre el hombre de hoy el adjetivo "funcional", adherido mágicamente a ideas de sobriedad, autenticidad y verismo. Por no se sabe qué misteriosas interferencias de conceptos, este término formó cuerpo con la pretensión de buen gusto y seriedad intelectual y artística, justificando así con su sola presencia cualquier pretensión—por excesiva que sea—de desmantelamiento y despojo. Este fenómeno metodológico aparentemente aséptico se trocó bien pronto en una especie de ventolera glacial que descarnó los templos de toda Europa bajo pretextos de purismo. No faltaron ni faltan pensadores y artistas que presienten claramente los riesgos de estos extremismos, pero yo me pregunto si estas voces que claman aisladas tienen eficacia a la hora de intentar detener un proceso que se desarrolla con ritmo avasallador bajo forma de irrupción de carácter "irracional". Nada hay más temible, en efecto, que los acontecimientos culturales a los que determinadas circunstancias permiten imponerse como manifestaciones obvias del sentido común, porque el snobismo y el consabido temor de las masas a caer en ridículo impide al gran público ejercitar su personal capacidad de valoración.

Es aquí donde se impone una labor de abierto, sincero y valiente análisis por parte de las personas capacitadas, cuyo puesto no es tan sólo ni en primer lugar el gabinete privado de estudio, sino el ágora y la ventana abierta de la propaganda, muy a menudo ocupada en exclusiva por los profesionales del exhibicionismo y la noticia superficial o superficialmente vista.

En el caso, por ejemplo, del Arte Sacro no basta expresar una teoría de equilibrio en una revista o libro especializados. Hay que hacer toda una "campaña" de clarificación de ideas, con lo que este vocablo implica de arrojo castrense, riesgo y voluntad de victoria. Por lo que toca al urbanismo, en que tantos, tan complejos y con frecuencia tan turbios intereses se conjugan para tergiversarlo todo, se requiere que los ciudadanos de más temple salgan al campo a defender los derechos casi perdidos de una ciudad despojada hace tiempo de su más honda razón de ser: el constituir un lugar de habitación, de auténtica convivencia humana con su necesaria libertad de movimientos, su espacio bien estructurado y medido, su belleza y, no en último término, su inadmisibile paz.

Nadie busque facilidad en este programa de acción, pues la dificultad está en proporción directa con la amplitud y gravedad de las empresas. Piense, más bien, el lector en el poder que tiene todo movimiento cultural—por discretos que sean sus comienzos—en orden a desencadenar procesos de alcance imprevisible.